

**Travesuras de un astrólogo.
La autobiografía de Gómez Arias (1744)**

Fernando Durán López
(Universidad de Cádiz)¹

En el pobrísimo panorama editorial de la autobiografía en la España del XVIII brilla con luz propia un temprano y aislado grupo de tres obras impresas de 1743 a 1745.² En la primera fecha sale la *Vida* de Diego de Torres Villarroel, cuyo fulminante éxito crea una efímera estela destacada por Guy Mercadier (1988): en 1744 aparece la *Vida* del astrólogo Gómez Arias y en 1745 la del filomatemático Joaquín de la Ripa. En trabajos separados (Durán López 2012; 2013a y 2013b) he estudiado a los otros dos autores: aquí voy a centrarme en Arias.

Vaya por delante que no estimo que estas obras pertenezcan a lo que podemos denominar con algo de sentido histórico “autobiografía moderna”, sino a un formato más arcaico, cercano al del Barroco. A mi modo de ver, existe una concepción del *yo* que aparece representada literariamente durante los siglos XVI y XVII en forma de narraciones en primera persona, tanto novelas como hagiografías, biografías o autobiografías, que en su forma más conocida e influyente relatan vidas marginales (las novelas picarescas, las autobiografías de soldados...), mas no se limitan a ellas. En el XVIII, e incluso a principios del XIX, existirían aún manifestaciones de ese modelo, que permanecen relativamente desvinculadas de las concepciones y representaciones de la identidad que caracterizan la Europa ilustrada y al hombre moderno. Estas autobiografías “picarescas” –y no olvidemos las comillas, obviando de momento los necesarios matices– dibujan en lo sustancial un tipo de antihéroe y un paradigma narrativo asentado en nociones premodernas del *yo*. Algunos de los trazos de dicho paradigma pasarían por una estructura narrativa episódica, centrada en el poder cautivador de la anécdota y el lance chusco, un tono humorístico más o menos autodegradante y una concepción desengañada de la vida como sucesión de altibajos de la fortuna y cambios de estado social, oficio y suerte por el protagonista, de la que a menudo se extrae una consecuencia moralista, acaso menos sincera que impostada. El relato se desarrolla de un modo egocéntrico, con un *yo* tan desbordado como carente de auténtica introspección, desligado de ideales colectivos, valorando la imagen completa del personaje y no el producto objetivo de su vida pública, buscando la admiración y queriendo encarnar un tipo humano activo y desenvuelto, de perfiles polifacéticos y egotistas. El carácter marginal del protagonista no es esencial, pero sí frecuente, aunque solo sea mediante la ética contrarreformista del autoaborrecimiento, el gusto por el realismo sucio y el forzado contraste entre la mundanidad y la salvación. En tal sentido, estas tres autobiografías forman familia con las de la centuria precedente, sin que quepa hablar exactamente de derivaciones inmediatas (con más detalle, en Durán López, 2012: 163-9). Ese es el contexto –pienso– en que hay que entender a Gómez Arias, no en el de los novatores, la Ilustración o la modernidad.

¹ Este artículo actualiza un capítulo inédito de la tercera parte de mi tesis doctoral: *La autobiografía moderna en España: nacimiento y evolución (siglo XVIII y principios del XIX)*, de 2001. De ella se han publicado otras partes, que se relacionan en la bibliografía final.

² He elaborado la lista de autobiografías españolas del XVIII y el XIX, compuesta por más de quinientos autores, donde pueden verse los detalles que sustentan esta afirmación (Durán López 1997a; 1999 y 2004a).

El autor

De Gómez Arias conozco lo que nos ha contado en su autobiografía, pues nadie se ha dedicado a investigar su trayectoria. Nació, según dice, en Zamora el año 1712, y hasta los ocho años vivió en Ciudad Rodrigo, Salamanca, Zamora, Tordesillas, Puebla de Sanabria y otras localidades de la zona en que operaba su padre.³ Tras la muerte de este, se instaló en Madrid con su familia, para luego seguir estudios en la Universidad de Alcalá y darse a la vida errante por toda España como estudiante, novicio, soldado, paje... Además de almanaquero fue, o eso nos cuenta, oficiante de filosofía, medicina y matemáticas, títulos que se adjudica en las portadas de sus obras, donde siempre firma como “profesor”, variando las disciplinas en que lo es.⁴ Es un amplio espectro disciplinar cuya realidad institucional habría que precisar con documentos, pero que casa con los usos de los almanaqueros de todos los países.⁵ En varios folletos de la década de los 40 también se autodenomina “doctor astrólogo” a secas, lo cual supone un decidido avance a un orgullo profesional en tal rama del conocimiento.

El extraño nombre que emplea coincide con el que atribuye a uno de sus abuelos, pero Gómez Arias se llamaba también un legendario cordobés de tiempos de los Reyes Católicos, sobre quien corrían leyendas, coplas y romances. El calificativo de “niña de Gómez Arias” se convirtió en proverbial y con ese título hicieron obras de teatro Vélez de Guevara y Calderón de la Barca. Nuestro astrólogo usaba ese nombre a sabiendas de sus evocaciones folclóricas, y sin duda buscaba también un grado de originalidad y extrañeza propio de los afanes literarios a que se dedicaba.⁶ En sus pronósticos adoptó el nombre de pluma de Gran Piscator de Castilla, siguiendo la común práctica del género.

Gracias a Aguilar Piñal tenemos cumplida información de su actividad como almanaquero y escritor: al menos, publicó pronósticos para los años 1735-1739, 1744-1751 y 1754, aunque Aguilar no localizaba ejemplares de los de 1735 y 1737.⁷ La aparición del

³ En la *Vida* da información sobre sus familiares, que podría sustentar una futura investigación. Según dice, su padre se llamaba José Arias, nació en Alaejos hacia 1675 y murió en torno a 1720; fue militar y en 1712 era comisario ordenador de los ejércitos reales, gentilhombre de boca y regidor perpetuo de Orense, aunque residía en Zamora. En 1718 era intendente general de la frontera, en Salamanca, al servicio del capitán general príncipe de Chalar. Su abuelo paterno se llamaba, como él, D. Gómez Arias, fue caballero de Calatrava y teniente general más antiguo del ejército de Carlos II. Afirma también ser sobrino del cardenal Arias, arzobispo de Sevilla. Otro tío paterno era el padre maestro Manuel Arias, catedrático de prima de teología en la Universidad de Alcalá. Ese es el único dato que he tratado, infructuosamente, de confirmar consultando la exhaustiva lista de catedráticos alcalaínos publicada por Gutiérrez Torrecilla y Ballesteros Torres: ni entre las cátedras de teología ni en la lista general de catedráticos de todo el siglo se menciona a Manuel Arias, quien habría muerto año y medio después de que Gómez Arias entrase en el noviciado con catorce, es decir, hacia 1727-1728. Otro de los tíos paternos era religioso en el convento de clérigos menores de Porta Coeli de Madrid. Tenía una abuela en Zamora llamada Francisca de Rojas, madre de Alejandro, Raimundo y Jacinta Zuazo, que debía ser el apellido materno. Su tío materno Raimundo Zuazo fue secretario de Francisco Éboli, napolitano, duque de Castropignano y general del Rey de Nápoles en la fecha en que escribe Gómez Arias, más tarde contralor de artillería en Barcelona y en 1744 era secretario del cabildo de Zamora.

⁴ Se dice profesor de filosofía, medicina, astronomía en el pronóstico de 1738; maestro de filosofía, bachiller en medicina, profesor de matemáticas, letras sagradas y profanas, en el de 1745; doctor, maestro de filosofía, graduado en la Facultad de Medicina, profesor de letras sagradas y profanas, en el de 1746; en las *Recetas morales...* de 1734, profesor de filosofía, astrología, retórica, letras divinas y humanas; en un folleto de circunstancias de 1746 (*Juicio y pronóstico de los laureles...*) se declara además lector público de latinidad y retórica, junto a sus otros grados ya citados.

⁵ Sobre los almanaques del XVIII, remito a las consideraciones y la bibliografía incluidas en Durán López (2013 a y 2013b).

⁶ Álvarez de Miranda dice que “firmó sus escritos como ‘D. Gómez Arias’, dando a Gómez carácter de nombre de pila. Como tal lo consideramos nosotros a efectos de alfabetización, aunque parece que su verdadero nombre podía ser Juan Antonio Gómez Arias” (83).

⁷ Cf. Aguilar Piñal (1978; 1981, I, s. v. “Arias, Gómez”). También existen textos secundarios suyos en el

zamorano en el mercado de la astrología tiene lugar, pues, años después de la de Torres Villarroel (que empezó en 1718) y se sitúa en la estela del negocio abierto por este, que proliferó desde la década de los 30. Pero, además de almanaques, publicó obras sobre medicina y astrología, sobre los efectos del café, el té, el chocolate y el tabaco, sobre cometas..., y polemizó con el *Diario de los literatos* hacia 1737,⁸ entre otras batallas contra críticos adversos.⁹ Se le suele citar a veces por sus *Recetas morales, políticas y precisas para vivir en la corte con conveniencia todo género de personas* (1734) como uno de los autores que conforman el itinerario del costumbrismo en el XVIII (Álvarez de Miranda, 73 y 447). Hizo panegíricos en verso con motivo de bodas regias, canonizaciones, la subida al trono de Fernando VI o en celebración de algún que otro santo. Nigel Glendinning lo menciona en un estudio sobre la recepción de Góngora, por un texto burlesco contra los imitadores del estilo culterano en poesía incluido en su *Descripción harmónica de la vida y milagros de [...] San Antonio de Padua* en 1748 (336). Imitó a Torres con un “sueño” en que comparece Martín Martínez (1745)¹⁰ y otro con Aristóteles (1747). Casi todas sus publicaciones son folletos de no más de medio centenar de páginas. No hay obras suyas posteriores a 1754 en los repertorios bibliográficos. Desconozco la fecha de su muerte.

Gómez Arias suele ser citado en trabajos sobre la astrología dieciochesca y sobre Torres Villarroel. Él mismo jugaba con ese magisterio; en el prólogo del pronóstico de 1738 (*El mayor monstruo de todos y dragón de los abismos*) escribe: “Solo debes comprar tres [almanaques]: el de Serrano, para instrucción; el mío, por justicia; y el de Torres, para risa” (cit. en Aguilar Piñal 1978, 68). Es uno más de una lista de corifeos,¹¹ pero Iris Zavala le incluye en lo que considera la línea de divulgación científica en medios populares y rechazo de la escolástica, propia de algunos autores de pronósticos. Mientras que Torres Villarroel pertenecería a una línea más literaria, Arias sería autor de mayor vocación instructiva. Es la única que adelanta una (dudosa) caracterización

pronóstico de 1735 del Gran Piscator de la Rioja, José Herramelluri, cuya impresión no fue autorizada por el Consejo. Preparo un estudio general de los almanaques españoles del XVIII donde se completarán esas y otras lagunas de la producción de Arias.

⁸ Esta polémica quedó en manuscrito, ya que su pieza *Relámpago de la justicia y Antidiario de los literatos de España*, recibió censura desfavorable de Antonio Téllez de Acevedo, quien informaba así al Consejo: “cumpliendo como debo con el cargo en que V. A. se ha dignado ponerme digo que no solo cumple su autor con el desempeño del título, pues sobre ser relámpago es trueno y rayo, todo a un tiempo, bárbaramente disparado, que asusta, yere y destroza; en la parte que le puede caber a su desaseo, es disonante, provocativo y nada provechoso, y diciendo en las últimas páginas de su contexto que ejerce su caridad en este tratado, confieso que jamás he visto esta virtud más [ileg.]ciada; es opuesto totalmente a la buena política de estos Reinos, por lo que, si V. A. fuere servido, le podrá mandar recoger, negándole la licencia que pide para la prensa” (AHN, *Consejos*, leg. 50634, primer expediente del legajo, que también incluye los cinco pliegos del original de Arias). Es un ataque frontal contra los tres diaristas.

⁹ Zavala menciona un folleto de Francisco de la Rúa titulado *Papel nuevo. Destierro de pobres, la poesía muerta y D. Gómez Arias expirando*, con edición en Madrid el año 1734, “opúsculo de circunstancia contra el afamado piscator, donde ataca la gazmoñería y la amodorrada musa hispánica” (230). Y en 1738 se presentó expediente de impresión del *Piscator para 1738. Por Carlos Castañola, maestro de Humanidades*: “En la solicitud se dice que es ‘impugnación cristiano política del prólogo que puso a su Piscator este mismo año Don Gómez Arias, en que aprueba lo imposible de su temeraria proposición de estar bueno e instruido en todas ciencias’” (Aguilar Piñal 1978, 68).

¹⁰ No lo menciona Aguilar Piñal, pero aparece anunciada su venta en la *Gaceta* de 17-VIII-1745: *Medicina segura y por poco dinero para mantenerse con larga vida y buena salud con un sueño con el Doctor Martín Martínez, por el Doctor Astrólogo Gómez Arias*, en la Imprenta de José González.

¹¹ “La fórmula inventada por Torres gusta al público hasta tal punto que desencadena una oleada de imitaciones y de plagios. Alrededor de 1730, el mercado de la pronosticación es invadido por un tropel de vaticinadores, algunos de los cuales añaden a su propio nombre la mención ‘Discípulo de Torres’, como el enigmático Gómez Arias y el sobrino de Torres, Isidoro Ortiz” (Mercadier 1979, 601).

distintiva, insistiendo en su especialización en los temas científicos, su defensa de Martín Martínez y los novatores y su condena de la filosofía aristotélica, así como en su repudio de la astrología que practica.¹² Esta “antiastrología” es también, hasta cierto punto, otro reflejo torresiano. En apoyo de su teoría sobre la degradación del género, contraria a la de Zavala, Aguilar Piñal indica que todos los seguidores de Torres “insisten en que no debe darse crédito a tales profecías, nacidas de la imaginación de hambrientos copleros” (1979, 346). El ejemplo que da se toma de unos versos del pronóstico de Gómez Arias para 1744:

Que los astrólogos mienten
siempre que hablan; y es quimera
imaginar que muchos diablos
hagan papel de profetas. (En Aguilar Piñal 1979, 346)

A este testimonio podría haber añadido que el último pronóstico de Arias fue en realidad una palinodia, pues *El pronóstico seguro* era un almanaque burlesco en verso en la tradición de las perogrulladas antiastrológicas (edición moderna en Durán López, 2013a). Por otro lado, como rasgos característicos, puede señalarse la patente deuda de su prosa con Quevedo y su propensión a destacar las partes en verso de sus almanaques. Pero respecto a lo que más importa desde un punto de vista histórico-literario, su relación con Torres Villarroel, no sabemos nada de cierto, dada la exasperante superficialidad de la bibliografía española sobre los almanaques en cuanto esta se aleja del salmantino.¹³

La autobiografía de 1744

Su autobiografía, *Vida y sucesos del astrólogo Don Gómez Arias*, de 44 páginas, vio la luz en la madrileña Imprenta de Manuel Moya el año 1744, un año más tarde de la primera edición de la *Vida* de Torres Villarroel.¹⁴ He consultado el pronóstico que pu-

¹² “Don Gómez Arias [...] se especializa en las noticias científicas y distingue con gran fineza entre astrólogos y astrónomos. En 1738, al publicar *Los relámpagos de Marte y Babilonia de Europa* (63 pp.), explica una vez más la trillada distinción tomando partido por los novatores y explicando de paso que él lo hace en lenguaje más directo: ‘no soy aristotélico; porque esta filosofía, inútil de todo punto por metafísica, es conciliábulo, o junta de términos vagos, confusos, e inastractos, que como afirmó nuestro sapientísimo escéptico Dr. Martínez, gloria que fue de España, solo sirve para confundir la verdad, y no para aclarar la naturaleza de las perfectas naturales inclinaciones: en lo demás de ciencias, fuera de esto me hallarás en el método común de las gentes...’ En 1747, [...] está arrepentido de su afán de pronosticar, y publica *El Piscator arrepentido, penitente y delatado por sí mismo* [...], renegando de su pasado, porque el vulgo cree a pie juntillas lo que escriben ‘y algunos han creído también los disparates, locuras, bobadas y simplezas, que yo he publicado en mis anteriores pronósticos’. Añade que tanto él como Torres han confesado que los pronósticos no son sino patrañas y mentiras, pero ambos han seguido pronosticando ‘que ha sido mayor delito’ [...]. Muy remunerada estaría la profesión, pues Gómez Arias cayó en la tentación al año próximo y los subsiguientes, y don Diego nunca abandonó su destreza” (Zavala 196).

¹³ A este respecto, conviene mencionar estos folletos: *Juicio del médico astrólogo don Gómez Arias, contra el juicio de don Diego de Torres, el cometa y los cometeros* (4 hs.), a la venta en la *Gaceta* de 10-III-1744; y *Carta del doctor astrólogo Don Gómez Arias, escrita al Gran Piscator de Salamanca Don Diego de Torres. Discurso preliminar, que sirve de prólogo, y de introducción, en el que se prueba que todos los hombres somos ignorantes, mientras habitamos en este triste valle de lágrimas* (15 hs.), anunciado en la *Gaceta* de 26-X-1745.

¹⁴ Según Aguilar Piñal, hay censura de Fray José Muñoz, basilio, en AHN, Consejos, 50640, pero en ese legajo solo se conserva la licencia de impresión donde se menciona la censura, y no su texto. Pueden verse ejemplares en la Biblioteca Nacional de Madrid (sg. 2-63993) y el Instituto Feijoo de Oviedo. Cito por el de Madrid. El libro contiene: “Dedicatoria” a María Benita de Rozas y Drumond; “Prólogo, o discurso preliminar, que es del caso que se lea, por tener muchos desengaños, algunas moralidades y verda-

blicó ese año¹⁵ y allí no menciona nada sobre su *Vida*, pero además de la información sobre lunas, eclipses e informaciones astronómicas entreveradas de predicciones sobre clima o salud, y del pronóstico del año en verso, hay una dedicatoria y un prólogo. Este último resalta por dos puntos: el autor indica que lleva varios años sin publicar nada y se defiende con aspereza contra unos imprecisos enemigos que saca a colación varias veces, elemento ineludible en esta clase de obras y autores. En efecto, un examen de su bibliografía muestra una concentración de piezas en 1734, algunas en 1737-1738, y un parón hasta 1744. Entre 1739-1744 tampoco hay constancia de que escribiera almanaques, pero ese último año se reactiva su presencia pública. La salida de su autobiografía, pues, promociona una *réentrée* en el mercado editorial, que en los almanaqueros requería en mayor medida de un contacto permanente y regular con sus lectores. Esto justifica igualmente la necesidad de afianzarse antes sus émulo, reales o supuestos. El modelo autobiográfico servido por Torres actuó sin duda de acicate.

Una de las más notables conexiones establecidas entre el género autobiográfico y los almanaques astrológicos en el XVIII es el recurso a un *yo* omnipresente, de carácter narrativo, una especie de personaje –el Piscator– que interpela al lector con complicidad y descaro. Ese *yo* “fantasmático”, como lo denomina Mercadier (1979, 603) definiría el estilo de los seguidores de Torres, aunque con una diferencia: mientras que el Gran Piscator de Salamanca no pierde nunca su identidad verdadera de Diego de Torres Villarroel, sus imitadores solo se valdrían de una fórmula convencional; en Gómez Arias “sobre todo, queda patente esta influencia, cuya tonalidad general es la de una caricatura del miserabilismo paroxístico, que no está reñido, ni mucho menos, con el estilo más refinado” (604). Desde ahí el paso también a la escritura autobiográfica, resultado final en Torres Villarroel de la continua construcción de su personaje en los almanaques y los sueños, es comprensible (Durán López, 2013b). Parece, además, que la publicidad de su *Vida* iba ligada a la de su pronóstico, como sugiere este anuncio de la *Gaceta*: “El Piscator de D. Diego de Torres para el año de 1745 intitulado *Los Mayorales de la Mesta* se hallará en casa de Juan de Moya, frente San Felipe. El *Piscator del Astrólogo Don Gómez Arias para dicho año*, en la librería de José Gómez Bot, frente San Felipe, con la *Vida de dicho Don Gómez Arias*” (8-XII-1744).¹⁶

Sobre la *Vida y sucesos* únicamente existen comentarios sueltos. Dice Cejador que “es algo picaresca, como la de Villarroel” (VI, 99-100) y, según Palau, es “obrita digna de ser leída. Es una confesión desenvuelta y divertida del carácter del autor. Los demás escritos del mismo autor rayan en lo extravagante, pero por su natural desenfado resultan amenos y hasta interesantes”. No mucho más ahonda Serrano y Sanz:

Con vanidad infantil y propia de un estudiante que al salir del colegio pondera sus travesuras escribió su vida el astrólogo zamorano D. Gómez Arias, en estilo incorrecto, pero no exento de gracia en ocasiones y con tono festivo, imitando el de la novela picaresca. El autor [...] tuvo una vida agitada desde su niñez, si es

des muy patentes” (3 pp. sin numerar); otro texto previo sin título, introductorio (1-2); “Nacimiento, crianza, y sucesos de Don Gómez Arias, desde que nació, hasta los ocho años de su edad” (2-12); “Prosigue la vida de Don Gómez Arias, desde los ocho años de edad, hasta los catorce” (13-19); “Refiérense los sucesos desde los catorce años de edad, hasta los veinte” (20-35); “Cuéntase todo desde los veinte años hasta el tiempo presente” (35-44). Doy todas las citas con ortografía modernizada.

¹⁵ *El Gran Piscator D. Gómez Arias, para el año de 1744*. Madrid: s. i., 1744 (11 hs. + 18 pp.), en Biblioteca Nacional, sig. VE 301-73. Según la *Gaceta*, estaba ya a la venta en 10-XII-1743.

¹⁶ En todo caso, se trataba de un aprovechamiento del tirón comercial de los almanaques, ya que la *Vida* se había publicado en solitario a mediados de año y su venta se anunció en la *Gaceta* de 23-VI-1744, en la misma librería de Gómez Bot.

cierto cuanto refiere. (I, ciii)

Mercadier dedica un párrafo a una autobiografía que estima una torpe imitación lejana a su modelo:

Gómez Arias, visiblement à court d'inspiration, est un rejeton passe-partout de la ligne picaresque [...], venu recueillir les miettes tombées de la table de Torres. On ne rencontre sous sa plume qu'une succession d'épisodes disposés en tranches chronologiques analogues aux *trozos* de la *Vida* de Torres Villarroel. Mais pas de recul, pas de vue panoramique sur une existence, aucune tentative d'en capter le sens. (1988, 118)

El estudioso que más líneas le ha dedicado, Monroe Hafter, sitúa igualmente la obra en la estela de Torres, pero parte de una obra anterior de Arias, *Recetas morales, políticas y precisas*, donde afirma que el hombre no debe perder el tiempo envidiando al rico y al poderoso, sino o bien despreciar las riquezas filosóficamente o bien intentar por propia cuenta obtener el éxito. Ese sería el retrato que hace de sí mismo en la autobiografía, el de un luchador:

Not the self-portrait of an offshoot of a particular family –although he mentions several highly-placed relatives– Arias takes pains to paint the picture of a determined individual, tossed between contradictory impulses, defying conventions, but creating a place for himself that should bring, he would believe, honor and distinction. Unfortunately he was not that successful, he declares, for his studies were never adequately remunerated. (Hafter 81)

Tal fracaso le lleva a despreciar las vanidades del mundo. Sus protestas de virtud parecen ser un ataque a sus enemigos, causantes de que no se le reconozca su mérito:

He thus portrays himself as a kind of punishing instrument of virtue. Interestingly for my argument, Arias then falls back to a confession of his own extravagance, and this is pertinent to the earlier observation that the critic of society incurs the risk of being laughed at by the object of his satire. [...] Arias's remarks support the argument that his autobiography is as much a criticism of general human nature as it is of specific adversaries. He writes from no *parti pris*. Neither professional status nor lineage preempts the assertion of his individual personality. He is a man who explores himself through the autobiography while attacking the enemies who think themselves superior [...]. Arias demonstrates the contradictory impulses motivating his own life, and intends his autobiography to be both a defense of self and an exposure of others. (Hafter 82)

Es evidente que Hafter es deudor de la extendida interpretación de la *Vida* de Torres como crónica burguesa de afirmación individualista de un sujeto que lucha contra las barreras sociales, mientras que las anteriores y breves notas que he repasado inciden en una lectura intuitiva que lo aproxima a la picaresca. En general, pues, dentro de su escasa recepción crítica, la pieza ha sido leída según análogas líneas que la autobiografía torresiana (véase Durán López 2012).

No es discutible que Arias trata de aprovechar el cauce literario de autopromoción abierto por la *Vida* del salmantino. También resulta patente que se queda a gran distancia de su modelo, que es harto menos complejo y creativo que Torres, de quien hace una

imitación más bien superficial, efectuada sobre todo a partir de dos puntos: el estilo y el protagonismo del *yo*. Es una exageración del arte literario de Torres, pero más inclinada hacia un barroquismo desquiciado. La hinchazón estilística se corresponde con un empobrecimiento del contenido y una evidente incapacidad para expresar algo que no sea una machacona y convencional batería de tópicos moralistas que hacen las veces de expresión psicológica.

Pero más allá de las diferencias de estilo o resultados, hay un desnivel crucial entre el propósito de Torres Villarroel con su autobiografía y el de Gómez Arias. Mientras que el salmantino escribe bajo el peso de su reputación pública y pugna entre el deseo de desprenderse de ese lastre y la obligación de satisfacer unas determinadas expectativas de sus lectores, Arias intenta con su *Vida* crear esas expectativas. Escribe cuando es aún bastante joven y lleva a sus espaldas pocos años de ejercicio almanaguero, de modo que con su autobiografía aspira a construirse un *yo* que luego pueda darle resultados parejos a los de Torres en los pronósticos. Los itinerarios narrativos son también antitéticos: mientras que Torres solemniza su ascensión social y su capacidad de imponerse a la sociedad y sus enemigos, Arias se presentará como un caído que, procedente de encumbrada familia, padece por el infortunio y la malquerencia ajena, no menos que por su mala cabeza. Es un lamento victimista que, por nutrirse de un deseo de ser más que de una reflexión sobre lo que se ha sido, es incapaz de establecer un diálogo entre imágenes problemáticas de su identidad.

Estilo

Desde el punto de vista estilístico, el torresianismo se deja ver en el desenfadado diálogo con el lector, las rectificaciones continuas de sus palabras y, en general, la ilusión de que el escritor efectúa la escritura ante los ojos del que lee. Aún de forma más evidente se nota este influjo en el gusto por la hipérbole, la acumulación y la enumeración como recursos de énfasis. Las series de metáforas para describir una misma realidad son, en este sentido, características, así como las trimembraciones y, en general, el continuo desbordamiento calificativo, la frase larga, acumulativa y concatenada, sumamente suntuosa, a veces contenida a duras penas dentro de los cauces de la gramática. Ese sentido barroco del periodo excede de largo al de Torres y resulta muy ajeno a la prosa dieciochesca que ya por esos años estaba en marcha con ejemplos tan eminentes como los de Feijoo; no obstante, hay que reconocer que Arias maneja con destreza esa sintaxis hipotáctica y amplificatoria, sin caer en el anacoluto. Lo que cansa no es tanto la frase inacabable como su vacuidad: ese vasto volumen verbal sustenta un contenido semántico ínfimo. Y tampoco acierta a llenar de fuerza metafórica las ideas que se le van ocurriendo. Así las cosas, resulta un escritor desmedido y grandilocuente, que solo adquiere tonos más naturales las pocas veces que se limita a narrar: son las mejores partes del libro. En ocasiones, entre tanta hipérbole, deja entrever detalles de un gusto más moderno. No está mal la descripción de sus travesuras infantiles y el aire más espontáneo con el que se refiere a ciertos detalles, como el vestido de grana que le volvieron de luto y es una especie de señal de la muerte de su padre, que tiene el aire de un recuerdo sincero que proyecta un haz de luz a través de los años.

Por otra parte, el vocabulario y la imagería verbal son inequívocamente barrocos. Quizá el mejor ejemplo de esto sea el preliminar sin título que hay después del prólogo. Es una única larga frase que enumera metáforas referidas a su vida. Este pasaje es muestra de su expresión más retórica, y también de su concepción de la autobiografía como espejo de la varia fortuna propia de la condición humana, de lo curioso y desatinado como legitimación del discurso autobiográfico, de la locura y la extravagancia como legitimación e individuación del *yo*. Torres Villarroel elevado al cubo:

Mi vida es novela, fábula, quimera, ilusión, fantasma, sueño, un desván de duendes, íncubos y trasgos, un locutorio de monjas, congreso de titiriteros, boda de negros, junta de borrachos, torre de Babel, lengua griega, entusiasmo del tiempo, resurrección de los hechos del insigne Don Quijote, viva imagen de las memorables hazañas de Oliveros y Roldán y doce pares de Francia, nudo gordiano, embolismo de las edades, borrachera de los años, locura de la generación; y es finalmente, para evitar digresiones, una representación de las tragedias, ansias, congojas y ruinas deplorables en que suelen venir a parar las delicias, placeres, consuelos, regalos y esplendideces de los que se crían entre las dulces consonancias de diversas músicas, pomposo fausto de criados, número escogido de diversiones, abundancia de exquisitísimos manjares y todas aquellas dulzuras, recreos, festines y brillantes algarazas que entretienen, suavizan y halagan los días y meses de los que se crían en las doradas cunas, holandas, púrpuras y asistencias regaladamente, cariñosas, festivas y deleitables. Cada suceso es una bola de juego de bolos, una mesa de trucos, un arcaduz de noria, pero tengo el alivio de que mis émulos me oirán a mí propio referir mis locuras, extravagancias, frenesíes y fatalidades. (1-2)

En este genuino muestrario del campo léxico del desengaño barroco, hay varias series metafóricas que condensan el corto número de conceptos convencionales que maneja machaconamente el astrólogo zamorano en su autobiografía.

Vida = Ficción literaria. Eso es así, por supuesto, partiendo de una literatura que concibe la ficción no al modo realista y burgués, sino al modo barroco, como historia sorprendente y desatinada, amena y ejemplar al mismo tiempo. Así, su vida es: *novela, fábula, resurrección de Don Quijote, imagen de las hazañas de Oliveros*, etc.

Vida = Ilusión. En el sentido barroco de engaño de los sentidos, falsas apariencias, devaluación de la realidad: *quimera, ilusión, sueño*.

Vida = Ser imaginario. Ligado a lo anterior, y con una nota torresiana, pues el salmantino gustaba de hablar de duendes y criaturas sobrenaturales para referirse a las cosas insólitas de la vida, supone otra manera de devaluar el territorio de lo real: *fantasma*,¹⁷ *desván de duendes, íncubos y trasgos*.

Vida = Caos. Se representa la vida con términos que remiten a revoltijo de personas, clases y objetos: *desván, locutorio de monjas, congreso de titiriteros, boda de negros, junta de borrachos, torre de Babel, lengua griega, nudo gordiano*.

Vida = Azar. El azar es otra forma de caos, manifestado en los juegos y en la noria, trasunto de la rueda de la fortuna: *juego de bolos, mesa de trucos, arcaduz de noria*. Siguiendo esa línea, la parte final del fragmento desarrolla otra vez la idea de caída que preside la vida de Gómez Arias. Para ello hay dos series antitéticas: ruina-fortuna, desdicha-felicidad, pobreza-fortuna, penuria-lujo, penar-placer.

Vida = Locura, confusión del tiempo. Es quizá la serie metafórica más productiva, más significativa y la que resume todas las otras: *entusiasmo del tiempo, embolismo de las edades, borrachera de los años, locura de la generación, locuras, extravagancias, frenesíes, fatalidades, Don Quijote*.

En la *Vida* no solo aparecen tópicos moralistas, sino también el extremo contrario, el “realismo sucio”, por decirlo así, que forma parte del degradado mundo de la picaresca y sirve de inevitable reverso al desengaño moral del Barroco. Arias insiste en asociar la

¹⁷ En el sentido que se daba a esa palabra en la época, es probable que “fantasma” hubiera que incluirla mejor en el apartado anterior que en este.

mayor parte de sus trastadas de niño gamberro a porquerías, alusiones escatológicas, gula incontenible y en general al dominio de su voluntad por impulsos físicos primarios. Así, sus travesuras infantiles y juveniles: “las echaba encima de las faldas [a las criadas] las sillitas llenas de la inmundicia, ciruelones podridos y asquerosidades que dan de sí nuestros miserables cuerpos” (6). Esta tendencia reaparece aquí y allá:

De [...] [la comida] que metía en los bolsillos y de arrastrarme por los suelos estaba tan derrotado, puerco, asqueroso y encenagado que parecía un cocinero de la religión de Santo Domingo, de modo que Su Excelencia tenía dada orden a mi tío de que no consintiese bajara a servirle, porque le daba vergüenza ver delante de las gentes un paje suyo tan grasiento, untoso, cargado de pringue, mugre y salpicado de manchas, tizones y borrones. (27)

Algún otro episodio se relaciona también con este ámbito físico, como la pesada broma que le gastaron atándole los testículos al pie mientras dormía, ocurrencia cruel que no desmerece de las violencias corporales de las que están empedrados *El Buscón* u otras obras. Su presentación atiborrándose de comida y cubriéndose de manchas se acomoda bien al perfil infantiloides que ofrece el zamorano, que más que un pícaro astuto es una especie de niño perpetuo que chapotea en el barro: no es en ningún caso una imagen aceptable en una mentalidad burguesa del XVIII. Arias, no obstante, mantiene el pudor dieciochesco en cuanto a eliminar escrupulosamente cualquier referencia a la sexualidad, limitándose a hacer una digna loa de su santa y rolliza esposa en una de las páginas finales. La idea de respetabilidad que iba aparejada a estos impresos no admitía ya tales atrevimientos.

Estructuras narrativas

En el preliminar ya citado, define su existencia como novela, fábula, resurrección de Don Quijote, imagen de las hazañas de Oliveros, etc. En otros lugares refiere su gusto por determinadas lecturas amenas y fabulosas, que configuran su personal imaginario cultural. Así, en su etapa de adolescente en el noviciado, nos cuenta que en vez de aplicarse al estudio y a cultivar su espíritu se dedicaba a leer libros profanos: teatro, novelas...¹⁸ En otro jocosos episodio cuenta que, tras haberle robado unas gitanas, “hecho un Don Quijote de la Mancha, decía en altas voces que me había de vengar de la injuria” (36). Y por fin, en casi la última página concluye, con intención programática: “aquí he sido un lazarillo de Tormes, y un Guzmán de Alfarache” (42). Esto revela sus fuentes literarias. En efecto, su dependencia temática del relato de pícaros es más fuerte, con mucho, que la de Torres. La historia que nos ofrece el zamorano se corresponde básicamente con la temática y enfoque de los primeros trozos torresianos, los más picarescos, con lo que vuelve a invertir la proporción entre vida aventurera y vida burguesa que Torres había alterado respecto de la picaresca clásica. Pese a esa inversión, el modelo torresiano funciona en la autobiografía de Arias desde el propio título y los epígrafes de los capítulos. El prólogo presenta su obra como relato de su “cuna, crianza, ascendientes, padres y nacimiento”, lo que recuerda al título *Vida, ascendencia, nacimiento, crianza y aventuras...* de Torres. El encabezamiento del primer capítulo es “Nacimiento, crianza y sucesos...”, mientras que el salmantino tituló el primero de los suyos “ascen-

¹⁸ “Al padre maestro de novicios le quitaba los libros profanos, como Teatros de Dioses, novelas, comedias, etc., cuya lección agradaba infinito mi paladar, de modo que los mentidos supuestos de las fábulas antiguas, vanos dioses y disparates cómicos noveleros, robaban más mi vagante afecto, que no las asperezas, acrimonias y sincero estilo que hallaba en las bien acondicionadas lecturas” (22).

dencia” y el segundo “nacimiento, crianza y escuela”. En ambos casos hay una dualidad entre “vida” y “aventuras/sucesos”: el primer término remite al personaje que da coherencia a la obra, al *yo* omnipresente; el segundo término, en cambio, remite a los contenidos, a las historias curiosas y divertidas que se cuentan.

La autobiografía de Arias fue publicada cuando contaba treinta y dos años, así que solo cubre su infancia y su juventud. Se estructura, como la de Torres, por bloques de edades: 0-8 años, 8-14, 14-20 y 20-32. No narra la parte potencialmente más polémica: sus publicaciones de astrología, su dedicación a oficios públicos en los que se granjeó enemistades, que aparecen mentadas por doquier, pero que nunca tienen desarrollo. Los últimos años de estabilidad, después de decidir sentar cabeza, son revisados de modo muy superficial. De hecho, Arias termina su autobiografía donde objetivamente tendría que haberla comenzado si siguiese a Torres: prefiere aplicar el ejemplo novelesco áureo, donde es el periodo aventurero el relatado y no el de estabilización.

En principio, adopta el esquema de confesión penitencial y autoabhorrecimiento. La inclinación confesional –no de confesión íntima al modo rousseauiano, claro está, sino en el sentido convencional de la confesión católica– es uno de los pilares de la mentalidad contrarreformista. La idea del pecado y la presión inquisitorial influyen en crear una idea del *yo* que implica que este ha de confesar sus culpas y adoptar una pose mortificada, penitencial. Así, la confesión de los pecados es parte tan fundamental de la expresión de la individualidad, que el pecador, el extraviado y el delincuente, si adoptan una perspectiva de desengaño y arrepentimiento, pueden adquirir un valor ejemplar.¹⁹ Es decir, la misma forma de pensar que dio lugar a la autobiografía religiosa, genera su equivalente concepción del *yo* laica; es como si la vida del santo explicase solo la etapa de santidad y la del pícaro solo la etapa del pecado, pero ambos dibujan una trayectoria común por el que el ser humano pasa de su esencial maldad y culpa originaria al desengaño que le pone en el camino de la salvación. De ahí el tópico arrepentimiento que culmina muchos relatos picarescos.

Respecto a Torres, Gómez Arias extrema muchísimo la nota moralista y practica un exagerado *contemptus mundi*, al tiempo que se acusa de numerosas faltas. El vocabulario y el imaginario simbólico que emplea, como ya señalé, es el mismo de la literatura contrarreformista, pero también es cierto que casi todo ese material se concentra en los textos programáticos del comienzo y el final, y que su desempeño tiene mucho de tópico rutinario. En realidad en Arias este desengaño es pura afectación, otro tributo pagado a una literatura y a una mentalidad del siglo anterior, que implica un exhibicionismo del pecado y otro correlativo exhibicionismo del arrepentimiento. A la hora de entrar en faena, la materia seleccionada consiste en numerosos lances extravagantes, curiosos y sorprendentes, con un tono vagamente humorístico y una lección moral que sobrevuela de forma convencional esos contenidos en apariencia degradantes. Dice al comienzo:

A mí solo me toca saber que he nacido para morir, arrepentirme de mis delirios, confesar mis travesuras y los muchos duendes, unos denegridos, otros torpes, otros negros y los más bailarines y saltantes, que he traído en los desiertos, des poblados desvanes de mis infelices casos, altaneros filosóficos sesos. (2-3)

¹⁹ Para Sánchez Blanco, de hecho, es la institucionalización de la confesión general en la Contrarreforma la que consolida el relato autobiográfico de corte picaresco o aventurero: “La autobiografía del antihéroe se hace plausible en este contexto. La confesión de todo género de acciones amorales e ilegales no necesita una condena explícita porque, implícitamente, va acompañada del remordimiento y de la condena del tribunal. Las llamadas autobiografías de soldados que viven a finales del siglo XVI y principios del siglo XVII resultan incomprensibles sin este telón de fondo” (134).

“Confesar mis travesuras” y “mis infelices casos” resume el planteamiento con que accede a la escritura autobiográfica. Remite al lastimero victimismo que impregna su obra, ajeno al gozoso genio burlón del salmantino; remite también a la naturaleza menor de cuanto narra y a la estructura anecdótica con que selecciona su rememoración. Podemos unir estas frases a otras diseminadas más adelante. Al contar su regreso a Zamora dejando el noviciado en el que había tentado fortuna, dice que “bien mantenidos, alegres, esparcidos y *sin haber acaecido en el camino azar, desventura o lance digno de relacionarse*, llegamos a Zamora” (24, cursiva mía). Pero luego, al relatar su viaje de Madrid a Zaragoza, camino de Barcelona, le “sucedieron dos *lances dignos de contarse*” (31, cursiva mía): se trata de gamberradas o incidentes con golpes y peligros. La selección de la materia se hace, pues, en virtud de un interés narrativo que circunscribe a lo anecdótico el ámbito de aquello que merece ser contado.

En la misma selección picaresca de intereses, podemos mencionar el absoluto desdén de Arias por cuanto no le atañe. En el texto se sigue sólo la trayectoria del protagonista, sin el más mínimo interés en cualquier otro asunto, sin digresiones ni personajes secundarios. Eso implica que no se detenga a mirar a su alrededor, que la historia colectiva no le influya ni pretenda relacionar con ella la marcha de su vida; en suma, su existencia parece existir en la nada, sin interrelación con su tiempo y su país. Cuando en uno de sus viajes llega a Zaragoza, se limita a ofrecer esa especie de descripción: “Llegamos a Zaragoza y en esta hermosa ciudad, heroica por sus calles, damas y antiguas cuanto excelsas fábricas, acompañadas de amenísimas riberas, dilatadísimo y famoso río Ebro, estuve cinco días...” (35). Estos desmayados y convencionales elogios pueden cotejarse con el papel tan eminente que el viaje y la mirada sobre el entorno posee en las autobiografías de los ilustrados (Durán López 2005a, 327-360).

En cambio, sí se interesa por otros trozos de realidad que le dan más juego narrativo. Es curiosa la coincidencia de Joaquín de la Ripa y Gómez Arias en haber sido huéspedes de la siniestra Torre de las Pulgas barcelonesa. Ripa cayó allí a su regreso de Italia como vagabundo y pordiosero, sospechoso de desertión: “...dieron con nosotros en esta triste prisión, y dejándonos dentro de aquel oscuro calabozo...” (Ripa 37a); “seis días estuvimos metidos en aquel infierno, recogedor de las pulgas” (37b). Gómez Arias es, como siempre, más enfático, y cuenta que

...me sucedió el amarguísimo azar de estar preso en la Torre de las Pulgas, cuya lóbrega, oscura y maldita prisión se asimila a una de las infernales cavernas de Plutón, tan rellena de sabandijas, ratas y desmesurados ratones, arañas y calaña de esta especie, que todos los excrementos de la tierra han concurrido allí para la producción horrible de tan villanos insectos; su situación está dentro de la mar y la tal Torre tan torcida amenazando ruina por instantes. (34)

Así que mientras que pasa de puntillas por las ciudades ilustres visitadas, se detiene en un tremendista bosquejo de una infamante cárcel. Cualquier otro autobiógrafo preocupado por preservar una imagen favorable hubiera omitido ese pasaje que, precisamente, es el único que a él le interesa. La aventura carcelaria es, en realidad, el tipo de cosas que construye la solvencia narrativa de estos textos.

Antihéroe errante y altibajos de la fortuna

La picaresca concibe la trayectoria del protagonista como una serie de intentos de mejorar de suerte, coronados por el fracaso. Las autobiografías fingidas o reales en el Siglo de Oro definen un paradigma narrativo basado en la varia fortuna, la prueba de todos los estados, el cambio de oficios, el viaje, etc., a menudo cerrado por una conver-

sión moralizante final.²⁰ Se trata de una vida de ritmo acelerado, de continuas mudanzas y que materializa el concepto central del arte barroco de la variedad, incluso aunque esa vertiginosa sucesión rebasa la credibilidad que hoy atribuimos a un relato verosímil. Esta característica se resume a veces, en la tradición crítica sobre la novela picaresca, en el concepto algo torpe de *mozo de muchos amos*. En realidad, no hay que esperar una estricta sucesión de amos, pero sí una continua inestabilidad en la suerte del protagonista. Este vaivén vital concluye casi siempre con una estabilización que cierra la historia, a menudo con un sentido moralista.

Es obvio, y en eso convengo con Suárez-Galbán (36), que no vemos mucho movimiento de esta clase en la *Vida* de Torres Villarroel, quien escribe desde su etapa de estabilización y es esta la que desarrolla, haciendo un repaso breve de su extravío juvenil. Sin embargo, es tal clase de mudanzas lo que hallamos en Arias, que también aquí se inspira directamente en los relatos auriseculares: documenta con extensión –siempre relativa en obras tan breves– la parte marginal y asendereada de su juventud, trasteando de un lado a otro sin hacer cosa de provecho, cambiando brusca e inmotivadamente de oficio y suerte a cada rato; su historia termina en un momento cercano a la escritura de los textos, que no se narra y que se caracteriza por una reforma de sus costumbres errantes y una búsqueda de la respetabilidad social.

Un lugar común frecuente, y casi obligado, en esta clase de relatos autobiográficos es atravesar una etapa como eclesiástico o como devoto. La vertiginosa rueda de la fortuna, en uno de sus bruscos giros, señala hacia el desengaño del mundo y la vocación religiosa. Así también Gómez Arias fue novicio bastante tiempo y con ningún aprovechamiento. En el XVII, incluso el aguerrido Alonso de Contreras dice haber pasado su época devota –así nos pide que lo creamos– y para ello determinó hacerse ermitaño y habitar en una cueva, haciéndose para ello con todo lo necesario:

Compré los instrumentos para un ermitaño: cilicio y disciplinas y sayal de que hacer un saco, un reloj de sol, muchos libros de penitencia, simientes y una calavera y un azadoncito. Metí todo esto en una maleta grande y tomé dos mulas y un mozo para mi viaje, sin decir a nadie dónde iba. (161)

Hay una escena muy similar, más desarrollada, en la *Vida* de Joaquín de la Ripa, cuando, en uno de sus lances más picarescos, se finge anacoreta que vuelve de penitenciarse en Roma, cubierto de andrajos y hábitos de hombre devoto. Como ocurre en la estética barroca, obsesionada por la apariencia y la representación simbólica, el hábito sí hace al monje: de hecho, el monje lo es por el hábito. También Gómez Arias, en otra vuelta de su fortuna, esta vez laica, describe con evidente placer su paso de novicio a paje por la adquisición de un nuevo traje: “transformáronme de escolar en cortesano, hiciéronme un vestido de grana, con botones y ojales de hilo de oro, vuelta amarilla y chupa de la misma especie. Luego que me vi pertrechado, comencé la vida de paje...” (26). Para cambiar de condición social u oficio, sólo se precisan nuevos pertrechos, como en un escenario teatral: no es necesario buscar en el interior del alma. Así se produce los cam-

²⁰ “Les autobiographies laïques [del Siglo de Oro español] peuvent suivre trois schémas: le panorama statique de l’aventure répétitive exemplaire fondée sur une valeur fondamentale (l’honneur chez Diego García de Paredes); l’ascension sociale accompagnée ou non de progrès culturel et moral (Martín Pérez de Ayala); l’errance, dans laquelle les ‘trabajos’ ne conduisent à aucun résultat clair sino le ‘desengaño’ (Duque de Estrada, Domingo de Toral y Valdés). A l’intérieur de ces schémas, l’événement et le moi oscillent entre la présence du surnaturel (élection et providence divine d’un côté, diable et sorcellerie de l’autre) et l’irréductible intervention du hasard, de l’occasion, de la rencontre. C’est ce dernier aspect qui explique l’importance de la bonne rencontre, des bonnes et des mauvaises fréquentations” (Molino 134).

bios de estado con los que los personajes adoptan sucesivos roles de la misma manera que se cambia de traje, de disfraz, sucesivas máscaras que no implican una transformación interior. Tan ajetreada actividad sustituye el inexistente estudio psicológico: a más acción y más cambio, menos introspección.

La perpetua mudanza del antihéroe narrativo que acabo de explicar se corresponde, en el terreno formal, a una estructura de tipo episódico, según la cual el relato se fragmenta en secuencias que, aunque se agrupan en series o articulan una evolución del personaje, conservan un grado de autonomía. La amenidad de la historia se logra a base de ensartar piezas una detrás de otra, sucesión de casos burlescos dotados de un sentido general. Esto implica que prepondera la anécdota sobre la construcción coherente del protagonista; la búsqueda del “raro caso” es más importante que la personalidad de quien lo experimenta, de modo que lo narrativo domina sobre lo introspectivo o lo descriptivo, imponiendo su ritmo y su selección de intereses.

Al egocentrismo por el victimismo

El *leit motiv* que preside la presentación del personaje es el victimismo, cifrado en la idea de fortuna declinante: partiendo de una noble cuna y una infancia llena de los mayores lujos, ha venido a una decadencia colmada de desdichas. Así que, mientras la autobiografía de Torres se cimenta, con sus contradicciones, en la crónica de un éxito social, Arias dibuja la penosa caída de un desdichado, a quien tampoco remedian los estudios. Por la misma razón el desengaño en Torres es casi siempre una pose que mezcla con un desbordado vitalismo ausente en el zamorano. El declive social es la fuente del *contemptus mundi* de Gómez Arias, en el que se plantea como lección moral el contraste entre los méritos del sujeto y su lamentable estado personal:

Aquí tienes la vida de un mozo, que aunque torpemente (por no permitir más sus débiles talentos) se halla instruido en la latinidad, retórica, filosofía antigua, y moderna, matemáticas, historia sagrada y profana, medicina, anatomía, y todo género de buenas letras; ¿ves todo ello? Pues todo no le vale al día, ni un ochavo de rentas. Esta vida si la consideras atentamente, te puede servir tanto como una misión, pues si atiendes a mi cuna, crianza, ascendientes, padres y nacimiento, y vuelves al mismo instante los ojos al infeliz estado en que me veo, contemplando a la sazón mis mal remunerados estudios, hallarás considerando lo primero, que las honras, faustos, y opulencias mundanas son humos, exaltaciones, rayos, fantasmas, ilusiones, sueños, quimeras, flechas con velocidad disparadas, bajeles que huyen a vela, y remo, espumas quebrantadas en cualquier escollo, y pájaros que remontan su vuelo sin permitirse a la más lince vista, y aguda perspicacia; en lo segundo contemplarás las mutaciones, farsas, y novelerías de este miserable valle de lágrimas, teatro ridículo donde a cada paso se ven figurones de extraordinarias figuras: en lo tercero, advertirás el modo con que el borracho, loco, despreciable, altanero mundo paga los desvelos estudios, vigiliadas originadas por el amor de la patria, por evitar la ociosidad, y por utilizar al público. (Primera página)

En esta estrategia, Arias recurre a la legitimación aristocrática del linaje (su alta cuna) y a la legitimación individualista (sus méritos intelectuales). “¿Quién, conociendo mi crianza y padres, dijera que había de verme trágicamente navegando un golfo de amarguras?” (prólogo). Repite al comienzo del primer capítulo esta idea y cuenta que su bautizo fue fastuoso y con asistencia de la gente principal. Pero –dice– ni quiere ni debe acordarse de todo eso, “porque lo uno se ha convertido en desaires de la fortuna y los

primeros timbres se han mudado en cañas, tragedias y palos de ciego” (3). Aunque lo exprese en forma moral, su postura responde a un espíritu de casta. Por ello, su relato genealógico no es infamante, sino todo lo contrario; por muchos rasgos degradantes y picarescos que se atribuya en su “locura” juvenil, nunca deja de hacer una defensa cerrada de su nobleza de sangre, buena familia, relaciones en la sociedad y, en definitiva, de su honorabilidad. Pero, más en concreto, la legitimación que busca es de tipo intelectual, de reconocimiento por sus escritos y conocimientos científicos: así la acumulación de grados académicos en la portada. En este plano, es un rasgo más moderno y burgués el deseo que expresa en el prólogo de que quienes se desvelan por el bien público tengan más aprecio social. Como ejemplo expone los ataques que ha sufrido por parte de los médicos, afirmando sus muchos conocimientos en ese campo, que ha puesto al servicio del pueblo, ofreciéndole medicina barata.

Dado este planteamiento, no extrañará si digo que la motivación básica de Arias para su salida a la tribuna pública es una apología personal. En el prólogo pasa a analizar su carácter, trazando una etopeya que parte de la poco creíble declaración de que “no intento ser panegirista de mí propio”. Y, a renglón seguido, comienza su panegírico frente a enemigos intelectuales. Se describe como un hombre fresco, desenvuelto y bien dotado para polemizar con los que le molestan y salir ganando la discusión; también como hombre raro y casi ridículo, muy voluble, con rápidos cambios de humor, de costumbres ni buenas ni del todo malas (no murmura, no envidia, no presume) y una incómoda propensión a la crítica en relación a las letras: “tengo [...] la costumbre de hacer una crítica justa, arreglada a las razones más verosímiles, sensatas y juiciosas”. Esta afirmación de la primacía del criterio racional individual frente al de autoridad le asemeja a Torres y puede relacionarse con su carácter de astrólogo, de “intruso” que defiende su derecho a formar parte de la sociedad literaria. Pero –concluye– tantas excelencias le sirven de tan poco como la altura de su cuna, pues vive en la amargura. En suma, se trata de un retrato muy favorable, pleno de falsa modestia y protestas de humildad más o menos hipócritas. Cualquier autocrítica es pura retórica.

Arias destaca su alejamiento de la sabiduría oficial, de la escolástica y de la autoridad. Lo mismo hace Torres Villarroel y esa clase de declaraciones son hoy a menudo interpretadas como elementos modernos, en línea preilustrada. Arias camina por la misma senda: “En mis respuestas, argumentos o decisiones han contemplado algunos una libertad filosófica que la han caracterizado con el título de demasiada aspereza o desvergüenza”. Defiende su derecho de atenerse a la razón y al propio criterio en lugar de rendirse “a silogismos torpísimos”, de atreverse “a negar cara a cara lo que advierte opuesto a la razón”, de ser más sincero que dulce en el lenguaje de la sabiduría. Relacionado con esto, está el distanciamiento, no siempre mantenido con rigor, respecto de sus dotes de adivinación. Torres inauguró una práctica de la astrología que pasaba por relativizar o negar su eficacia, con cierta jactancia personal, al tiempo que defendía a capa y espada su capacidad profesional y su maestría. No hay que pedir coherencia a esta clase de afirmaciones: en el fondo se trata de conciliar objetivos irreconciliables, por un lado la respetabilidad elitista y por otro el crédito de los lectores que sustentan su éxito. Justo al comenzar su relato, declara:

Yo, aunque soy astrólogo, soy derrenegado de los agüeros, apóstata de las predicciones y desterrador de vanas quijotescas conjeturas, y así los preciados de brujos, nigrománticos o semidiablos pueden brujulear lo que se les antojase acerca de mi nacimiento, lo oscuro de la noche y demás circunstancias apuntadas. A mí solo me toca saber que he nacido para morir, arrepentirme de mis delirios, confesar mis travesuras. (2-3)

Ahora bien, si Arias, como Torres, afirma que lo que hace es a un tiempo verdadero y falso, lo que resulta es la mera afirmación de su persona, de su *yo*, única verdad y fundamento de sus escritos. De ahí se llega a la autoexaltación personalista más allá de contextos objetivos o confesiones subjetivas. De hecho, su aparente defensa de la libertad de pensamiento supone un deseo de abrirse paso más que una forma de racionalismo crítico. Hay, desde luego, algo de afirmación individualista burguesa, pero en dosis homeopáticas; de librepensamiento o de crítica, nada de nada.

Así pues, la apología personal que persigue atañe sobre todo a la excelencia “científica” de su sabiduría (único punto en el que tanto Torres como Arias jamás ceden el campo, ni siquiera como estrategia de modestia calculada), defendiéndose de los ataques de los profesionales. En concreto, Arias insiste hasta la náusea en su competencia como médico y como científico, lo que deja claro que el principal objetivo práctico de su autobiografía es lograr en ese terreno el ansiado prestigio social y el lucro. En cierto modo, parece aspirar a cambiar la astrología por la medicina.

De este deseo de reconocimiento provienen también la combatividad y el agrio sarcasmo hacia sus enemigos, a los que alternativamente desprecia, ignora, desafía o rebate, a veces sin coherencia alguna. Ahora bien, al contrario que Torres, Gómez Arias aún tiene por delante un lugar que ganar, por lo tanto su tensión es mayor y su tono más sombrío. Esos misteriosos calumniadores y enemigos que frustran sus merecidos triunfos son, por otra parte, necesarios para salvar el desnivel –social, ya que en lo moral se justifica por medio del desengaño– entre los méritos que dice tener y la postración en que dice hallarse. Esos enemigos son quienes le impiden ejercer la medicina, tabla de salvación que ha creído encontrar para mantenerse a flote en la vida. En el prólogo evoca sañudamente a esa “tropa de los médicos chicos y grandes” que le desprestigian. Él responde con jactancia, reafirmando en cada réplica, al modo torresiano: “con sus vituperios engordo. Yo logro la gran fortuna de no encontrar quien me examine, pues presentándome frecuentísimamente en la palestra, no veo quien quiera echar el cascabel a este gato” (prólogo). Y sigue con esa cantinela, atribuyéndose “famosísimas curaciones de balde y sin más interés que cumplir con la ley de Dios”. Y en ese mismo prólogo –lo reitera en las últimas páginas del libro– se ofrece para curar a cualquiera sin sacarle los dineros, pero renunciando a los atributos externos y al gremialismo de los médicos y trabajando solo en bien del paciente. La afirmación de su *yo* se relaciona siempre con el menosprecio a sus adversarios, que aparecen de este modo como garantes y legitimadores de su individualidad.

No obstante, hay una evidente contradicción entre tales fines programáticos y la realización concreta del relato. Su presunta calidad científica y literaria no aparece nunca en la autobiografía como algo que le determine a él o a su conducta. Se limita a atribuirse unas habilidades casi taumatúrgicas. En el prólogo dice poseer un ingenio pronto y astuto y una memoria exageradamente potente, base de su polifacética sabiduría, mientras que en otros lugares recalca su casi sobrenatural destreza en el aprendizaje de letras y ciencias: tal concepción de la sabiduría se aproxima a una atracción de feria, un don que el sujeto posee de manera espontánea, sin trabajo ni vocación. En otras aventuras refiere que se ganaba la vida con sus cualidades como repentizador de versos y sermones, con los que cautivaba a los doctos y potentados de los lugares que recorría, a fin de que le socorrieran. Solo en alguna ocasión hay un uso igualmente elíptico de esta cualidad –mencionar su talento literario sin explicitar las muestras del mismo– con un propósito más dignificador, al decir que “toda esta inquietud [su vida desarreglada y vagabunda] se templaba con los libros y estudio” (25). Esto es, de vez en cuando nos recuerda que, pese a ser la piel del diablo, reúne en sí los gérmenes de la respetabilidad social

(su limpio origen familiar) y de la respetabilidad intelectual (su afición a la lectura y su portentoso talento), pero no nos concreta cuáles eran esos libros o estudios y de inmediato se vuelve a sus travesuras.

Esto nada tiene que ver con la verdadera identidad intelectual de un hombre de letras de su siglo. La separación que se aprecia entre lo que dice que es y lo que cuenta de sí es hartamente acusada: en sus gamberradas es difícil asentar una reputación de sabio que resulte creíble y legitime el discurso autobiográfico, pero Arias, entendiendo mal la estrategia torresiana o juzgándola inadaptable a su coyuntura, sacrifica su proyecto de promoción personal a la búsqueda de la diversión y a la pose moralista del desengaño y el arrepentimiento. La síntesis entre ambas actitudes es, mucho más que en Torres, imposible. Y por otra parte, la descripción de su conducta no se hace de manera evolutiva y dinámica, sino que Arias se limita a acumular trastada sobre trastada, sin explicar de dónde proviene esa forma de ser. Como dice Mercadier, no reduce esta narración de hechos a sistema, ni interpreta su vida de forma articulada. Esto va a ser la dominante en la *Vida*, como muestra el siguiente bosquejo de su contenido.

Itinerario de una *Vida*

En el primer capítulo se ofrecen un corto número de informaciones concretas: nacimiento penoso, situación social y encumbramiento de su familia, carácter que tenía durante su niñez, condiciones de su ama de cría (gallega, gorda y, según las malas leguas, ebria), su poca afición al vino (al hilo de lo anterior),²¹ lugares donde pasó sus primeros ocho años, su despierta inteligencia para leer y escribir, enfermedad y muerte de su padre, ruina familiar al resolver la herencia paterna de mala manera, breve semblanza de su padre, mudanza con su madre a Madrid en un viaje lleno de incidentes curiosos. Ese traslado marca una transición en su vida y justifica un nuevo capítulo.

El relato genealógico dista mucho de ser infamante, insistiendo en su honrado linaje; en eso actúa de igual modo que Torres y Ripa, aunque carga la nota más sobre la nobleza de su sangre, quizá porque los otros dos solo podían aducir orígenes plebeyos. Por lo demás, explica su parto, del que señala lugar y hora y que fue dolorosísimo para su madre, y describe los lujos de que disfrutó desde su niñez. De todas estas noticias, sin embargo, la más desarrollada, con diferencia, y la que recibe mayor alarde léxico y expresivo, es su condición de niño travieso y salvaje: “Hasta los ocho años de mi edad fui la piel del diablo y el niño más revoltoso, inquieto, desesperado, arlequín, retrato de matachines y reprehensible, que conoció la Castilla” (4). Y gasta varias páginas íntegramente en sus “locuras” infantiles, hasta que la muerte de su padre le obliga a tratar temas más serios, para después volver a lo mismo. En la selección de gamberradas domina la idea de desenfreno: “poníame de esta edad a mear a los balcones a las doce del día, entraba en la cocina, volcaba los pucheros, cazuelas y demás repuestos de comida...” (5). Siguen peleas, destrucciones, grandes comilonas... Una vez quemó a un esclavo negro de su padre, que casi le mató en represalia. Sus padres le pegaban con frecuencia, pero “ni estas correcciones ni lo severo del zurriago, ni lo cruel de tantos y tan repetidos golpes podían apagar el fuego de mis raptos y demencias pueriles, y esto sería sin duda porque después de los halagos sucedían los cariños, las ternezas...” (7). Sus gracietas acaban de dibujar el perfecto retrato del niño repelente: “representaba, bailaba y cantaba cuanto oía, remedándolo todo con gran propiedad, como vejete de comedia, jugador de manos

²¹ Esta aclaración resulta un tanto extraña: sin venir a cuento se exime de la tacha de borracho, aunque confiesa –y tampoco parecía preciso hacerlo– que “alguna vez en los banquetes, festines, viajes o borracheras a que me ha conducido mi necesidad, política, razón de estado, estrella o obligación, he bebido algo más de lo regular, como sucede en semejantes algazaras” (5).

o titiritero andante, y así mi padre me andaba enseñando a todos como a un fraileco de devoción” (7).

El segundo capítulo trata de sus estudios, pero sobre todo continúa la crónica de su carácter alocado. Queda bajo la custodia de un tío, que intenta sin éxito reprimirle:

Cuidaba mucho de que yo escribiera, leyese y me aplicase, pero en balde trabajaban el tío y la madre, pues yo solo imaginaba en festejarme, burlarme de todos, travesear y no hacer cosa de provecho, muy pronto para el paseo, la comedia, ociosidades, diversiones y locuras, pero nada acomodado al estudio, libros, aplicación ni cosa útil. (13)

Como no hacían bueno de él, le enviaron a un colegio de frailes en Alcalá, donde, aunque más manso por falta de mimos maternos, fue pronto expulsado por los religiosos. Arias se presenta también como perdulario y jugador. Desesperó tanto a su madre, que “siendo ejemplar de madres en el afecto, me quería echar de casa” (15). Mejoró algo por los golpes de su tío y no se olvida de advertirnos que avanzó admirablemente en la gramática. Su madre murió por entonces y el tío lo puso en pupilaje con un dómine en Cogolludo. Aunque su carácter no se calmó, sí consiguió –afirma– espectaculares avances en sus estudios, que justifica diciendo que Dios da más a unos que a otros. Pasa después a la Universidad de Alcalá, lo que le hizo recuperar de nuevo su libertad y desenvoltura, agravando si cabe sus extravíos: “...ya mis extremos solo eran empezar a ser un delincuente regular, vestirme de mujer, hacer coplas de repente, armar saraos, bailes, comedias, entremeses y loas en las casas, que parecía, a no verlo, increíble en aquella edad” (18). Pero también aprovechó su paso por las aulas para graduarse en Artes en dos años. Su tío quería colocarlo como paje del Rey, pero él, por capricho y con la oposición de su pariente, decide entrar como novicio en un convento, aunque “yo no tenía más vocación que la de haberme parecido admirablemente el ropaje de los religiosos de aquella loable comunidad” (19).

En el tercer capítulo, su vida se vuelve más apicarada aún pero en realidad solo se recogen tres o cuatro momentos de su juventud, explicados de forma machaconamente similar: etapa de noviciado, huida para acogerse con la familia materna, estancia en Madrid al servicio del duque de Castropignano y viaje a Barcelona.

En el convento se porta endiabladamente: “Muy loco novicio, inobediente, altivo, inquieto y diabólico, empecé la vida de un religioso, sin asistir jamás a acto serio de comunidad sin gestos, visajes y figuradas irrisibles” (20). Estas líneas vienen a resumir la materia que repite y amplifica, sin desarrollar, en varias páginas (20-3). Engaña a los buenos frailes una y otra vez para poder asistir a los actos de la comunidad y allí escandalizar: “unas veces en la oración lanzaba dos mil fingidos suspiros y, regañándome los padres, decía que aquellos suspiros nacían del fervor del espíritu: no hacía más Martín Lutero; otros tiempos en el refectorio tosía extraordinariamente, barajaba los ojos, fruncía los hocicos, estiraba la frente...” (20-21). Año y medio después murió su tío y él intenta dejar el convento, arrepentido de su intento de profesar y figurándose que la regla monástica, según dice, “era algún profundísimo lago de fieras, basiliscos, dragones, monstruos o culebras” (23). Prueba a huir con un ardid, pero lo cogieron, aunque finalmente lo envían a Zamora con su familia materna: “salí tan alegre como pájaro que se escapa de la jaula o muchacho que huye del estudio por irse a jugar con los otros” (23-4). Pero en realidad no hay nunca ese limpio anhelo de libertad que parece sugerirse: no es sino otra forma de acentuar sus locuras juveniles.

Relata su estupendo recibimiento en Zamora y su nulo arrepentimiento por el disgusto que había dado a la familia. Fue admitido y saludado por “todos los principales de la

ciudad” (25), incluido el obispo, “quien celebraba y divertía con mis versos, máquinas y aprensiones” (25), y con sermones que repentizaba. Por lo demás, su vida en Zamora es la de antes: agasajado y consentido por su ingenio y buen humor, pero del todo irresponsable. Decide no seguir la carrera eclesiástica y lo mandan a Madrid, donde por mediación de otro tío suyo entra como paje de un aristócrata, Francisco de Éboli. Una vez despreciado el estado eclesiástico, se fija en el nobiliario, que va a malbaratar igualmente: se come el chocolate del duque, saqueaba la despensa y se atiborraba de comer. Esto provocó una gran paliza de su tío, tras lo cual creyó haberlo enderezado

...y la mañana primera en que bajé a servirle el chocolate, muy compuesto, pitímetro [sic] y lleno de polvos, la primera diligencia que practiqué [...] fue quitarme el peluquín y mearme en él, vender una camisola de holanda de mi tío [...], jugar el dinero a los naipes y hacer al medio día pucheros o cazuelas las faltriqueras. (28)

Sin esperar el castigo, huye a buscar el auxilio de otro tío, esta vez paterno, en un convento de Madrid, a quien engañó contándole que era horriblemente maltratado. Cuando supo que el duque le había despedido, se venga de su señor destrozándole los cristales de varias carrozas. Su tío lo echó del convento.

Arias llega aquí al punto más bajo de su caída hacia la degradación moral y social, pero de inmediato muestra un giro hacia otro extremo, tan inmotivado y gratuito como los demás rasgos de su conducta. Este parece ser el punto de inflexión entre el personaje Gómez Arias (un niño desatinado y loco) y el autor Gómez Arias (un hombre sensato, sabio y de fuerte personalidad). Este tránsito se resuelve de manera antipsicológica: no se cuenta, no se razona, no se ejemplifica. Más que un cambio de vida se nos antoja un pase de magia: *voilà!*, el personaje ya es otro:

Entonces me vi en Madrid, desamparado por dos meses, comiendo donde me lo daban, durmiendo donde me agarraba el sueño, pero nunca olvidando la librería del Rey, la que entonces admiré, veneré, y conocí, y en la que gastaba muchas horas del día, no sin trato de hombres sabios, virtuosos, y eruditos en todas materias. Hasta aquí he referido sinceramente mis travesuras, me he culpado a mí propio con razón, justicia, y causas; he manifestado al público mis altanerías, he suprimido yo mismo las lenguas de mis enemigos, los que pueden, y deben avergonzarse de verme a mí confesar mis niñeces, puerilidades, y extravagantes proceder; desde aquí adelante protesto, que mis desgracias, desastres, e infortunios, han procedido de contrariedades, infeliz estrella, y perversísimas voluntades hacia mí; yo soy tan ingenuo, que así como antes he divulgado mis sucesos, multándome a mí propio, hiciera lo mismo en lo que voy a referir; pero desde aquí adelante, solo notarán los lectores en mí, un genio inconstante en el querer estar en varias ciudades, a un mismo tiempo, tratar con diversidad de gentes; abundancia de diversiones; y en fin, un genio libre, resuelto a todo, menos a cometer infamias, cuya naturaleza, conociendo ya mis propios parientes no residía en ellos fastidio alguno, y más habiendo dejado ya (mediante los golpes de la fortuna) las quiméricas antecedentes operaciones. (30-31)

Tras la etapa de mendicidad y vagabundaje que parece inevitable incluir en todo relato apicarado, Arias deja claros los límites del “picarismo” de su vida de una manera explícita. La asunción de un modelo de marginalidad no puede tener en él un efecto degradante socialmente: son simples “locuras” juveniles que no entran en lo delictivo o lo

inmoral. Pero ahora el victimismo va a ocupar el lugar preeminente que venía ejerciendo la locura: desde este momento sus desgracias van a ser efecto, ya no de su conducta, sino de su mala suerte y fatal hado.

Pese a todo lo dicho, a partir de aquí el tipo de hechos que nos cuenta no se diferencia gran cosa de los anteriores. Con un “siguiendo la historia” (31), relata una trayectoria que sigue siendo marginal: vive errando por todo el país, cambiando de oficio y viviendo de engañar o seducir a los demás con su ingenio industrioso y su pico de oro, sableando a parientes. Emprende viaje a Barcelona en busca de su tío, viaje donde le ocurren un par de percances dignos de contar: en un carro se le cayó un montón de fardos de tabaco encima y casi se mata; y mientras dormía en ese vehículo, un gracioso le ató con un cordel los testículos al pie: “pueden todos discurrir con qué dolor estaría los pocos pasos que me permitían los acerbísimos dolores que experimentaba; dura la señal y durará, aunque sin el menor estorbo” (34-35). Esta última aclaración parece vital para Arias y su dignidad personal y para no convertir lo cómico en patético, sin más detalles, pues ha prometido contar este doloroso incidente “con la modestia posible” (34). En Zaragoza, a fuerza de labia, sacó dinero a obispos y militares, y siguió camino. Pasa rápido por su estancia de cuatro meses en la Ciudad Condal viviendo a costa de su tío Raimundo. En Barcelona estuvo encarcelado, “una desgracia en la que yo no fui arte ni parte” (34): la reticencia hace sospechar que precisamente esa es la parte interesante del hecho, que le dejaría mal parado ante los lectores.

El último capítulo es muy denso, lleno de sucesos variopintos que se narran de forma acelerada: el relato se aproxima más y de forma más consciente al modelo picaresco de la “varia fortuna” y el “mozo de muchos amos”. Vive, según dice, de la protección de benefactores cuyos nombres consigna con elogios desmedidos, o bien de los incautos a quienes embauca con su palabrería. Estuvo veinte días en Valencia para pasar luego a Madrid, no sin que le ocurriera un chasco en Manzanares, donde

...me puse a enseñar a unas gitanas en la zahúrda donde vivían el modo de adivinar por las rayas de las manos, pero ellas [...] metieron con astucia increíble sus manos lavadas (o por mejor decir puercas) en mis faltriqueras y las dejaron huérfanas de unos pesos gordos y escudos de oro que llevaban. Luego que me retiré de esta escuadra bribonesca, eché menos el dinero; hecho un Don Quijote de la Mancha, decía en altas voces que me había de vengar de la injuria. (35-36)²²

De Madrid, donde pasó sin pena ni gloria, marchó a Sevilla, donde estaba la corte, y allí pudo entrar de paje de una duquesa durante tres meses. “Entonces me vi tan desamparado que me iba más allá de la puente de Triana a comer a la Cartuja...” (37). Marcha a Almagro a gorronear a una marquesa, que supo era prima hermana suya, María Rozas y Arias, marquesa de Añabete y luego condesa de Valdeparaíso. Lo acogieron bien y, seis meses después, cuando manifestó querer ser soldado, sus parientes le financian el equipamiento para sentar plaza en un regimiento de Ceuta. Estuvo en aquel presidio varios meses, en los que “pude aprender la astronomía, astrología y algunas otras partes de la matemática de un sapientísimo religioso que se hallaba allí desterrado” (38). Por su extrema pobreza, tiene que dejar el regimiento y con sus mañas de costumbre llegó a Illescas a duras penas: “entré apóstata y militar, pobre o señor, caballero truhán, que todo lo parecía” (39). Embaucó a unos caballeros “con mis dichos, locuciones y novelas” (39) y

²² Aparte de lo gracioso del hecho, tal vez Arias quiere colar en la mente del lector que ya dominaba el arte de adivinar el porvenir, hasta el punto de que podía instruir en él a sus más peritas practicantes, las gitanas.

estos le pagaron cena, cama y viaje a Madrid.

Pasa a Alcalá, donde le dio “el místico pensamiento de entrarme padre de la Compañía” (40) y estuvo dos meses en el noviciado jesuita a mesa y mantel hasta que averiguaron que había sido clérigo menor y lo echaron. Va luego a La Coruña para volver a sentar plaza de soldado, pero un amigo de su padre le dio dinero para que siguiese estudiando y dejó su inicial propósito: “Me fui por Galicia vestido de militar, peleando con todo el género humano, hecho un danzarín, monicongo o Don Quijote en los bagajes que me daban” (41). En Tordesillas fue monaguillo: “desde aquella villa partí a Zamora y a cuantos cotarros, aldeas y lugares se me venían a la imaginación, sin descansar ni tener pie fijo en parte alguna, y en todas muy confiado en mis mañas y estudios” (42). Tras recorrer de nuevo Castilla decide asentarse en Madrid. El relato llega a su final donde, en realidad, debería comenzar, porque es cuando se inicia la vida pública, sus actividades literarias y las polémicas con sus enemigos, pero las dos últimas páginas hacen una panorámica sobre su presente estado en Madrid al tiempo de escribir este libro, con muchos lamentos. Esta es la transición:

Ya me fatigaba esta vida, y juré permanecer en Madrid, pobre o rico; vine con esta determinación a este solio de los Reyes de España, centro de grandezas; aquí he sido un lazarillo de Tormes, y un Guzmán de Alfarache; lo encontrado, y raro de los sucesos me ha hecho hombre extravagante, y pájaro de las Indias... (42)

Sirvió –dice– al conde de Gálvez, que lo hizo estudiar leyes en Alcalá trece meses. Sus enemigos intrigaron para enajenarle el favor del conde, aunque con su habitual reticencia en cuanto pueda ser en verdad comprometido, no nos dice de qué lo acusaban y por qué este señor les hizo caso. Y por un último giro de su fortuna

[...] me puse a hacer Almanakes, a escribir papelones de toda casta, tuve muchos, y he tenido impugnadores, he sabido de todos burlarme con libertad filosófica. Yo he merecido el aplauso de muchos hombres juiciosos, la estrechez con los Doctos, y el aprecio de las Excelentísimas Señoras Duquesas de Arcos, y de Osuna, cuyas fortunas me han estorbado mis enemigos; pero yo a Dios gracias, estoy con hambre, y valentía. (42-43)

El último trozo revela un nuevo cambio de rumbo que parece relacionarse con la búsqueda de respetabilidad y popularidad asociada a su proyecto autobiográfico. Para defenderse de sus enemigos y distanciarse de sus imitadores decidió hacerse médico:

Últimamente, viendo cargado de emulaciones [...], que mudaba ocho posadas cada mes, que tan presto tenía cuatro doblones de a ocho como un ochavo, determiné para más quietud mía desechar pronósticos, versos y papeles serios, entregarme de veras a la medicina y al conocimiento de los entes naturales. (43)

Explica con significativo cuidado sus estudios de medicina y las capacitaciones que tiene para ejercer, dejando claro que ha seguido con éxito cuanto marca la ley, pero el tribunal del Protomedicato está predisposto contra él. Esta injusticia parece ser el motivo último de su salida al estrado público. “Yo me veo instruido en la medicina, anatomía y su práctica, sin ganar un ochavo en aquello que me ha costado mi sudor, pero aviso a todos que tengo permiso para curar hasta el día del juicio de Dios, de la justicia y de la razón” (43). Para más lástima, se ha casado con una mujer virtuosa a la que no

puede mantener. Termina con una protesta religiosa:

Es lo más deplorable en este golfo de penas, hallarme hoy casado en esta Corte con una moza de mi tierra, blanca, rubia, colorada, fuerte, robusta, y de buen humor; cuya gran modestia, genio, disposición, brío, agradable entrecejo, y prendas personales se malogran en las desventuras de mi suerte; como si su gentileza fuese cómplice en los delirios de mi estrella. Todos los que hayan leído esta vida (en tosco estilo trabajada) habrán notado las diversidades de mis pasos, la tropelía de mis arranques, y vario de lances: me han visto fraile, monacillo, señor, pobre, soldado, abogado, astrólogo, médico, y casado en un breve tiempo; habiéndome olvidado, que en uno de los lugares de Castilla, que corrí en el tiempo de mis peregrinaciones, fui maestro de niños, en otro preceptor de gramática, y en la ciudad de Toro astrólogo confirmado, pues viví, y junté dineros, diciendo a todos el signo (Dios por delante). En fin, el tripaje está enseñado a todos bodrios, y nada me ha de asombrar, ni el tener dinero, ni el que me falte, ni dormir en deliciosa cama, ni en el suelo, ni los esparcidísimos banquetes, ni el pan, y queso, ni las galas, y ricos trajes, ni tampoco los trapos; de todo sé, de toda jerga entiendo, y solo pretendo entender, y saber morir bien, que todo es vano no disponiéndonos para el último viaje. (43-44)

Conclusión

Todos estos rasgos culminan en considerar de qué manera se aborda el reflejo autobiográfico de la identidad, la forma en que se concibe el *yo* en esta modalidad antiheroica, que juzgo arcaica, frente al individualismo cuyo desarrollo caracteriza a la verdadera autobiografía moderna. Como recuerda Jean Molino, en el Siglo de Oro hay una contradicción entre el deseo legítimo de conocer el propio *yo* y su rechazo moral. Lo importante es apreciar cuáles son los medios por los que se alcanza un conocimiento de ese *yo* y qué clase de conocimiento es: un *yo* que no se define por la interioridad, mito moderno, sino en relación a los otros, a Dios y a lo sobrenatural. Es un *yo* objetivizado, teatralizado, escenario de la lucha universal de los vicios y las virtudes, de ahí el peculiar individualismo de la época, que no niega lo universal sino todo lo contrario.²³ En ese sentido, el *yo* autobiográfico del Siglo de Oro es, paradójicamente, desindividualizador: incluso aunque resulte egocéntrico y carezca de intereses en cualquier otro asunto que no sean los propios actos, cada vida aspira a representar la misma condición humana universal. A partir de esto, cualquier aproximación a la idea de individuo en las autobiografías áureas o en las novelas picarescas ha de hacerse con suma cautela. A mi juicio, ni Torres Villarroel, ni Arias, ni Ripa se diferencian gran cosa de esta forma de encuadrar el *yo* colectivamente de la mentalidad barroca.

²³ “Si la trajectoire de chacun est singulière, la réalité des crises, des luttes et du moi psychologique et moral –ce qui est la même chose– est universelle; c’est ainsi seulement que s’explique l’exemplarité de l’autobiographie” (Molino 135).

Obras citadas

- Aguilar Piñal, Francisco. *La prensa española en el siglo XVIII. Diarios, revistas y pronósticos*. Madrid: CSIC, 1978.
- . "Pronósticos de Torres Villarroel en México y Perú." Alberto Gil Novales ed. *Homenaje a Noël Salomon. Ilustración española e Independencia de América*. Barcelona: UAB, 1979. 345-355.
- . *Bibliografía de autores españoles del siglo XVIII*. Madrid: CSIC, 1981-95. 8 vols.
- Álvarez de Miranda, Pedro. *Palabras e ideas: el léxico de la Ilustración temprana en España (1680-1760)*. Madrid: Real Academia Española, 1992.
- Arias, Gómez. *Vida y sucesos del astrólogo Don Gómez Arias, escrita por el mismo Don Gómez Arias, Maestro de Filosofía, Bachiller en Medicina y Profesor de Matemáticas y buenas Letras. Dedicada a la Excelentísima Señora Doña María Benita de Rozas y Drumond, Hija legítima de los Señores Don José de Rozas, y Doña Francisca Drumond, etc.* Madrid: Imprenta de Manuel Moya, 1744. 4 hs. + 44 pp.
- Cejador y Frauca, Julio. *Historia de la lengua y literatura castellanas. 1915-1922*. Madrid: Gredos, 1972.
- Contreras, Alonso de. Henry Ettinghausen ed. *Discurso de mi vida*. Madrid: Espasa-Calpe, 1988.
- Durán López, Fernando. *Catálogo comentado de la autobiografía española (siglos XVIII y XIX)*. Madrid: Ollero & Ramos, 1997a.
- . "Padres e hijos: el relato genealógico en la autobiografía de Santiago González Mateo." Alberto Ramos Santana ed. *La identidad masculina en los siglos XVIII y XIX*. Cádiz: Universidad, 1997b. 69-84.
- . "Adiciones al catálogo de la autobiografía española en los siglos XVIII y XIX." *Boletín de la Unidad de Estudios Biográficos* 4 (1999): 73-98.
- . "La autobiografía juvenil de José Cadalso." *Revista de Literatura* 64.128 (2002): 437-473.
- . *Tres autobiografías religiosas del siglo XVIII. Sor Gertrudis Pérez Muñoz, Fray Diego José de Cádiz, José Higuera*. Cádiz: Universidad, 2003.
- . "Nuevas adiciones al catálogo de la autobiografía española en los siglos XVIII y XIX (segunda serie)." *Signa* 13 (2004a): 395-495.
- . Introducción. José R. Izquierdo Guerrero de Torres. *Recuerdos de mi vida*. Sevilla: Espuela de Plata, 2004b.
- . *Vidas de sabios. El nacimiento de la autobiografía moderna en España (1733-1848)*. Madrid: CSIC, 2005a.
- . "Realidades y prejuicios sobre la autobiografía española del siglo XVIII y principios del XIX." Christian von Tschilschke y Andreas Gelz eds. *Literatura – Cultura – Media – Lengua. Nuevos planteamientos de la investigación del siglo XVIII en España e Hispanoamérica*. Frankfurt: Peter Lang, 2005b. 163-175.
- . *Un cielo abreviado. Introducción crítica a una historia de la autobiografía religiosa en España*. Madrid: FUE, 2007.
- . "La *Vida literaria* de Joaquín Lorenzo Villanueva: autobiografía, erudición y política." Germán Ramírez Aledón ed. *Valencianos en Cádiz. Joaquín Lorenzo Villanueva y el grupo valenciano en las Cortes de Cádiz*. Cádiz: Fundación Municipal de Cultura, 2008a. 401-502.
- . "Estudio introductorio. La historieta del sargento Mayoral: realidades y ficciones." Francisco Mayoral. *Historia verdadera del sargento Francisco Mayoral, natural de Salamanca, fingido cardenal de Borbón en Francia, escrita por él mismo y da-*

- da a luz por D. J. V. Sevilla: Espuela de Plata, 2008b. 7-56.*
- . "La autobiografía popular en España en los siglos XVIII y XIX: discusión del concepto y aproximación a un repertorio." Renato Pasta ed. *Scrittura dell'io fra pubblico e privato*. Roma: Edizioni di Storia e Letteratura, 2009. 225-272.
- . "Religious autobiography." Hilaire Kallendorf ed. *A new companion to Hispanic Mysticism*. Leiden: Brill, 2010. 15-38.
- . "A vueltas con la *Vida* de Torres Villarroel: ¿relato picaresco o autobiografía moderna?" *Edad de Oro* 31 (2012): 149-180.
- . "Primer teatro de almanaques españoles. (La Gran Piscatora Aureliense para 1742, pepitoria de 1745 y palinodia burlesca en verso de Gómez Arias para 1754)." *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo* 19 (2013a): 403-457.
- . "De los almanaques a la autobiografía a mediados del siglo XVIII: piscatores, filomatématicos y alrededores de Torres Villarroel." *Dieciocho. Hispanic Enlightenment* 36.2 (2013b): 179-202.
- . "Una autobiografía de 1745, o la rueda de la fortuna de Joaquín de la Ripa." *Analec-ta Malacitana* 36.1-2 (2013c): 101-133.
- Glendinning, Nigel. "La fortuna de Góngora en el siglo XVIII." *Revista de Filología Española* 44 (1961): 323-349.
- Gutiérrez Torrecilla, Luis Miguel, y Pedro Ballesteros Torres. *Cátedras y catedráticos de la Universidad de Alcalá en el siglo XVIII*. Alcalá: Universidad, 1998.
- Hafter, Monroe Z. "Two perspectives on self in Spanish autobiography (1743-1845)." *Dieciocho. Hispanic Enlightenment* 16.1-2 (1993): 77-93.
- Mercadier, Guy. "La paraliteratura española en el siglo XVIII: el almanaque." *Homma-ge des hispanistes français à Noël Salomon*. Barcelona: Laia, 1979. 599-605.
- . "Dans le sillage de l'autobiographie torresienne: la *Vida* du baroudeur mathemati-cien Joaquín de la Ripa (1745)." *Écrire sur soi en Espagne. Modèles et écarts*. Aix-en-Provence: Université de Provence, 1988. 117-135.
- Molino, Jean. "Stratégies de l'autobiographie au Siècle d'Or." *L'autobiographie dans le monde hispanique*. Aix-en-Provence: Université de Provence, 1980. 115-137.
- Palau y Dulcet, Antonio. *Manual del librero español e hispano-americano [...]. Segun-da edición*. Barcelona: Librería Anticuaria de A. Palau, 1948-1977. 28 vols.
- Ripa y Blanque, Joaquín de la. *Vida y aventuras militares del filomatémático D. Joa-quín de la Ripa y Blanque, escrita por él mismo, en que da noticias de las campa-ñas y funciones que se ha hallado en la guerra de Orán y de Italia, con una escue-la militar para ser perfecto soldado, y algunas imposiciones matemáticas. Dedi-cada a la Soberana Emperatriz y Reina de los Ángeles, Esposa y Madre de Cristo Señor Nuestro, María Santísima del Pilar de Zaragoza*. Madrid: Imprenta de José González, 1745. 6 hs. + 52 pp. a dos columnas.
- Sánchez Blanco, Francisco. "El marco institucional del discurso sobre sí mismo: auto-biografías del Renacimiento." Hans-Josef Niederehe ed. *Schwerpunkt Siglo de Oro. Akten des deutschen Hispanistentages Wolfenbüttel, 28.2 - 1.3.1985*. Ham-burgo: Helmut Buske Verlag, 1986. 129-147.
- Serrano y Sanz, Manuel. *Autobiografías y memorias*. Madrid: Librería Editorial de Bai-lly-Bailliére e Hijos, 1905. 2 vols.
- Suárez-Galbán, Eugenio. *La Vida de Torres Villarroel, literatura antipicaresca, auto-biografía burguesa*. Carolina del Norte: Estudios de Hispanófila, 1975.
- Zavala, Iris M. "Literatura popular novadora: lucha y caída de los astros." *Clandestini-dad y libertinaje erudito en los albores del siglo XVIII*. Barcelona: Ariel, 1978. 168-215.